

LITURGIA Y VIDA ESPIRITUAL

1. La Eucaristía. 2. El año litúrgico. 3. El entorno litúrgico.

La relación entre liturgia y vida espiritual en el fundador del Opus Dei puede afrontarse desde su vida o desde sus enseñanzas; es decir, desde cómo *vivió* personalmente la liturgia y qué *enseñó* sobre ella. Estas dos perspectivas son distintas pero están íntimamente relacionadas, pues la enseñanza de san Josemaría está siempre unida a su propia experiencia interior. Aquí se sigue la segunda opción, centrándose en tres puntos: la Eucaristía, el año litúrgico y el entorno celebrativo. No trataremos aquí la Liturgia de las Horas, porque tiene ya una voz específica en este Diccionario.

1. La Eucaristía

La enseñanza de san Josemaría sobre la Misa se mueve entre estas tres coordenadas. Primera: el misterio eucarístico es el “centro” y la “raíz” de la vida cristiana, de modo que vivifica y da consistencia a todo su dinamismo interior y exterior. Segunda: esta centralidad se alcanza en mayor grado si su celebración está transida de dignidad y devoción, tanto por parte del ministro celebrante como de los fieles que participan en ella. Tercera: el río redentor que en ella se origina no se detiene en la misma celebración, sino que se derrama en todas las dimensiones de la existencia cristiana: temporal, espacial y operativa.

Digamos ante todo que la fuerza y el vigor de la celebración de la Misa no dependen, de la estructura estética o ritual con que pueda realizarse, sino de la centralidad que el misterio que en ella se celebra ocupa en la vida de Cristo, más aún, en toda la historia de la salvación. Esta historia está focalizada y finalizada por el sacrificio redentor del Calvario, que se actualiza sacramentalmente en la celebración eucarística. Si se desgaja o rebaja la acción redentora de Cristo, la Misa queda

esencialmente devaluada y convertida en una acción humana coloreada, en el mejor de los supuestos, por un falso pietismo esteticista y jurídico, pero incapaz de transformar la vida de las comunidades cristianas.

San Josemaría se movió en este horizonte desde los comienzos de su ministerio sacerdotal, aunque fue profundizando en él a medida que maduraba su vida interior y mística. Baste recordar el “«nuestra» Misa, Jesús” de *Camino* (C, 533; CECH, p. 683) de los años treinta, junto a “[la Misa] es el Sacrificio de Cristo, ofrecido al Padre con la cooperación del Espíritu Santo: oblación de valor infinito, que eterniza en nosotros la Redención” (ECP, 86), de principios de los sesenta, y este otro pasaje de origen autobiográfico, que recoge un punto de meditación de *Via Crucis*: “Después de tantos años, aquel sacerdote hizo un descubrimiento maravilloso: comprendió que la Santa Misa es verdadero trabajo: *operatio Dei*, trabajo de Dios. Y ese día, al celebrarla, experimentó dolor, alegría y cansancio. Sintió en su carne el agotamiento de una labor divina. A Cristo también le costó esfuerzo la primera Misa: la Cruz” (VC, XI Estación, 5).

a) *La santa Misa, acción trinitaria y eclesial*

“La Misa (...) es acción divina, trinitaria, no humana. El sacerdote que celebra sirve al designio del Señor, prestando su cuerpo y su voz; pero no obra en nombre propio, sino *in persona et in nomine Christi*, en la Persona de Cristo, y en nombre de Cristo. (...) Es el Sacrificio de Cristo, ofrecido al Padre con la cooperación del Espíritu Santo: oblación de valor infinito, que eterniza en nosotros la Redención, que no podían alcanzar los sacrificios de la Antigua Ley. (...) La Santa Misa nos sitúa de este modo ante los misterios primordiales de la fe, porque es la donación misma de la Trinidad a la Iglesia” (ECP, 86-87). Este es el punto nuclear para comprender la espiritualidad de la Misa que enseñó san Jose-

maría. De hecho, él mismo hace derivar de los pasajes citados la siguiente conclusión: “Así se entiende que la Misa sea el centro y la raíz de la vida espiritual del cristiano. Es el fin de todos los demás sacramentos. En la Misa se encamina hacia su plenitud la vida de la gracia, que fue depositada en nosotros por el Bautismo” (ECP, 87). Se entiende pues que al que le pedía “un programa de vida cristiana”, le podía responder: “La solución es fácil, y está al alcance de todos los fieles: participar amorosamente en la Santa Misa (...), porque en este Sacrificio se encierra todo lo que el Señor quiere de nosotros” (ECP, 88).

El carácter *sacrificial* de la Misa es, también a estos efectos, decisivo. Porque así como el sacrificio que Jesucristo realizó de una vez por todas fue perfectísimo y definitivo y reconcilió a todos con Dios, la Misa, que lo hace presente y actualiza, tiene el mismo alcance, independientemente de las circunstancias numéricas, temporales y espaciales que lo acompañan. Siempre es *universal* y siempre alcanza a todos los miembros de la Iglesia, a todos los hombres y a la misma creación. “Aunque seáis pocos los que os encontréis reunidos, aunque sólo se halle materialmente presente nada más que un cristiano, y aunque estuviese sólo el celebrante” siempre es un sacrificio “de toda la Iglesia”, “el holocausto universal, rescate de todas las tribus y lenguas y pueblos y naciones” (ECP, 89).

Esto no quiere decir que san Josemaría tuviera en menos la presencia y participación del pueblo, que obviamente, no puede limitarse a una presencia que cabría llamar “física”, sino que debe ser amorosamente participativa, de modo que propicie “un encuentro personal” de cada uno con el sacrificio redentor de Cristo; y así, mientras tomamos parte en la Misa, “adoramos, alabamos, pedimos, damos gracias, reparamos por nuestros pecados, nos purificamos, nos sentimos una sola cosa en Cristo con todos los cristianos” (ECP, 88).

Toda esta extensa y profunda realidad de afectos espirituales no debe discurrir de modo autónomo e independiente de los textos y ritos que jalonan la celebración. Al contrario, ha de arrancar de ahí, de modo que exista una sintonía perfecta entre la objetividad de los textos y ritos y la subjetividad de los participantes. “El cristiano que se aísla –decía san Josemaría por los años treinta– en una piedad privada, no participa como conviene de la corriente santificadora de la Iglesia (vid y sarmientos). El sacrificio es ofrecido a Dios juntamente por el sacerdote y los fieles (...). Los fieles son oferentes y ofrendas al mismo tiempo: ofrecen a Dios el sacrificio de Cristo, y se ofrecen con Cristo, de modo que es el sacrificio de Cristo y de todos” (CECH, p. 677).

Detrás de estas palabras se esconde una realidad muy frecuente en aquella época: personas piadosas se pasaban la Misa rezando oraciones de un devocionario, o el santo Rosario, o en una actitud que la Constitución de liturgia del Vaticano II calificaría (tomando la expresión de Pío XI en la Const. Ap. *Divini cultus sanctitatem*, XI y de Pío XII en la Cart. Enc. *Mediator Dei*, 236) como propia de “extraños y mudos espectadores” (SC, 48). San Josemaría puso remedio a esta situación en sus apostolados, mediante una explicación mistagógica de los ritos y oraciones de la Misa, asumiendo así las mejores indicaciones pastorales del Movimiento Litúrgico.

Por lo demás, san Josemaría no limitaba la Misa a su celebración y participación. Éstas son, ciertamente, el punto de partida, pero no una realidad aislada. La Misa, y la liturgia en general –y con ellas el trato de Jesús en el Sagrario, al que luego nos referiremos–, deben alimentar la oración, y redundar en la vida: la meta ha de ser convertir cada día en una Misa ininterrumpida. “Hemos de amar la Santa Misa que debe ser el centro de nuestro día. Si vivimos bien la Misa, ¿cómo no continuar luego el resto de la jornada con el pensamiento en el Se-

ñor, con la comezón de no apartarnos de su presencia, para trabajar como Él trabajaba y amar como Él amaba?” (ECP, 154). Ese “trabajar y amar como Él” comporta “que nuestros pensamientos sean sinceros: de paz, de entrega, de servicio. Que nuestras palabras sean verdaderas, claras, oportunas; que sepan consolar y ayudar, que sepan, sobre todo, llevar a otros la luz de Dios. Que nuestras acciones sean coherentes, eficaces, acertadas: que tengan ese *bonus odor Christi* (2 Co 2, 15), el buen olor de Cristo, porque recuerden su modo de comportarse y de vivir” (ECP, 156).

b) *Comunión*

Parte esencial de la Misa es la Comunión. San Josemaría la recomendó frecuentemente en su predicación. En *Camino* dejó escrito: “Comulga. –No es falta de respeto. –Comulga hoy precisamente, cuando acabas de salir de aquel lazo. –¿Olvidas que dijo Jesús: no es necesario el médico a los sanos, sino a los enfermos?” (C, 536). No se trata de una enseñanza puntual y excepcional. Era la norma que seguía en la formación que impartía a tantos universitarios a los que trató en los comienzos de su labor apostólica en Madrid, Valencia, Valladolid, Zaragoza, etc. Como ellos atestiguan, la comunión eucarística formaba parte del plan de vida diario que san Josemaría les inculcaba desde los primeros momentos en que entraban en contacto con él. No le importaba que a veces algunos le hicieran notar el contraste entre la realidad de su vida y los frutos que cabe esperar de la comunión sacramental frecuente: “¡Cuántos años comulgando a diario!– Otro sería santo –me has dicho–, y yo ¡siempre igual!”; él respondía: “Hijo, (...) sigue con la diaria Comunión, y piensa: ¿qué sería yo, si no hubiera comulgado?” (C, 534).

Y apostillaba: “–No es reverencia dejar de comulgar, si estás dispuesto. –Irreverencia es sólo recibirlo indignamente” (C, 539). En este texto la expresión “recibir

indignamente” parece referirse –en esa dirección apunta la frase anterior– a la situación de pecado, de la que es necesario salir por la confesión antes de acercarse a la Eucaristía. Pero san Josemaría insistió también con frecuencia en la necesidad de prepararse adecuadamente para recibir la Comunión, así como la conveniencia de dedicar, después de haber recibido a Cristo, algunos minutos a la acción de gracias. Citemos unas palabras muy gráficas de una homilía en la que va comentando los textos de la Misa, hasta llegar a la Comunión: “Vamos a recibir al Señor. Para acoger en la tierra a personas constituidas en dignidad hay luces, música, trajes de gala. Para albergar a Cristo en nuestra alma, ¿cómo debemos prepararnos? ¿Hemos pensado alguna vez en cómo nos conduciríamos, si sólo se pudiera comulgar una vez en la vida? Cuando yo era niño, no estaba aún extendida la práctica de la comunión frecuente. Recuerdo cómo se disponían para comulgar: había esmero en arreglar bien el alma y el cuerpo. El mejor traje, la cabeza bien peinada, limpio también físicamente el cuerpo, y quizá hasta con un poco de perfume... eran delicadezas propias de enamorados, de almas finas y recias, que saben pagar con amor el Amor” (ECP, 91). Las costumbres y los gestos podían variar, pero las “delicadezas de enamorados” no deberían faltar.

Hoy son obvias algunas realidades eucarísticas: la comunión frecuente y diaria, la comunión dentro de la misma celebración y la comunión con hostias consagradas en ella. En la primera mitad del siglo XX constituían en cambio una verdadera novedad. Comulgaban pocas personas mayores, sobre todo pocos hombres; la comunión se distribuía inmediatamente antes o después de la Misa; y, desde luego, era casi impensable hacerlo con las hostias consagradas en la Misa en que se comulgaba. Siglos de pietismo jansenista y alejamiento fáctico de la comunión sacramental habían hecho mella en el pueblo

cristiano, que, en gran parte, se limitaba a comulgar para el cumplimiento pascual.

San Josemaría impulsó a la comunión frecuente, e incluso diaria, como ponen de relieve los textos recién citados, así como la comunión dentro de la Misa y en el momento en que lo indica el Misal, no antes ni después. En 1931, al señalar la praxis que deberían seguir los que se incorporasen al Opus Dei, escribió: “Los socios y las asociadas ordinariamente recibirán la Sagrada Comunión dentro de la Misa, porque ése es el sentir de la Liturgia” (CECH, p. 687). De la misma época son también estas palabras: “La comunión dentro de la Misa es la regla, no la excepción. *Intra Missam*, con hostias ofrecidas y consagradas en la Misa. «Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre». Sacrificio unido al Sacramento. ¿Por qué separarlo sin causa razonable?” (*ibidem*).

c) Presencia de Jesús en el Sagrario

La referencia a la permanencia de la presencia real de Jesucristo en las hostias reservadas en el tabernáculo, y la adoración y piedad que ella reclama son una constante en los escritos de san Josemaría. Desde sus primeros años sacerdotales enseñó, a quienes se acercaban a su ministerio, que el Sagrario es el lugar más idóneo para la oración personal y donde hay que acudir siempre que sea posible, ya que la presencia sacramental real y verdadera de Jesús facilita el trato personal y directo con Él. “Cuando contemplamos la Sagrada Hostia expuesta en la custodia o la adoramos escondida en el Sagrario, debemos reavivar nuestra fe” y “conmovernos ante el cariño y la ternura de Dios” (ECP, 153). Y así el diálogo puede fluir de forma espontánea y sincera: “Os diré que para mí el Sagrario ha sido siempre Betania: el lugar tranquilo y apacible donde está Cristo, donde podemos contarle nuestras preocupaciones, nuestros sufrimientos, nuestras ilusiones y nuestras alegrías, con la misma sencillez y naturalidad con que

le hablaban aquellos amigos suyos, Marta, María y Lázaro. Por eso, al recorrer las calles de alguna ciudad o de algún pueblo, me da alegría descubrir, aunque sea de lejos, la silueta de una iglesia: es un nuevo Sagrario, una ocasión más de dejar que el alma se escape para estar con el deseo junto al Señor Sacramentado” (ECP, 154).

2. El año litúrgico

Los escritos de san Josemaría que se relacionan con el año litúrgico son *textos de predicación*. Más en concreto, homilias o meditaciones dirigidas, sobre todo, a universitarios que pertenecían al Opus Dei o frecuentaban sus apostolados. Su tono no es académico, sino el de un pastor de almas que ha penetrado en la profundidad del misterio del Verbo Encarnado y trata de ayudar a otros a recorrer ese mismo camino. Sus enseñanzas están ancladas en la teología del año litúrgico, es decir, en la celebración del misterio de Cristo que la Iglesia realiza a lo largo del ciclo del año. Pero no se quedan en una exposición racional y fría sino que desembocan en una contemplación amorosa, dejándose interpelar por el amor de Dios que a lo largo del año litúrgico se va manifestando.

El punto de partida es el misterio trinitario visto en su dimensión económica. Es la fuente en la que nace el río de todas sus enseñanzas. En las celebraciones litúrgicas está escondido lo que san Pablo llamaba el *mystêrion*, es decir, el proyecto salvífico eterno concebido por las tres divinas Personas desde toda la eternidad y manifestado en el tiempo, primero en sombras y, luego, en plenitud, cuando el Verbo asume nuestra condición humana y se convierte en Redentor y Salvador del hombre caído, por su vida entera y especialmente por el Misterio Pascual de su Muerte y Resurrección.

Toda la historia narrada en la Sagrada Escritura y revivida en la liturgia es una historia de salvación, sucesión de etapas de un tiempo salvífico: “Podemos imaginar

–para acercarnos de algún modo a este misterio insondable– que la Trinidad Beatísima se reúne en consejo, en su continua relación íntima de amor inmenso y, como resultado de esa decisión eterna, el Hijo Unigénito de Dios Padre asume nuestra condición humana, carga sobre sí nuestras miserias y nuestros dolores, para acabar cosido con clavos a un madero” (ECP, 95). Por eso la Navidad es “tiempo de salvación” (ECP, 7), de redención, y “ha de ser para nosotros un nuevo especial encuentro con Dios, dejando que su luz y su gracia entren hasta el fondo de nuestra alma” (ECP, 12), respondiendo a la llamada que nos hace “para consumir, con Él, la Redención” (ECP, 31). También el Adviento es tiempo de salvación y nos prepara a ella; y, muy particularmente, lo es la Semana Santa, que es “la semana decisiva para nuestra salvación” (ECP, 76), en la “que se consuma la vida de Jesús” (ECP, 95), y nos encamina “hacia la Resurrección, que es fundamento de nuestra fe” (*ibidem*), porque “Jesús, que murió en la cruz, ha resucitado, ha triunfado de la muerte, del poder de las tinieblas, del dolor y de la angustia” (ECP, 102), haciendo que Él no sea “una figura que pasó, que existió en un tiempo y que se fue, dejándonos un recuerdo y un ejemplo maravillosos” (*ibidem*), sino alguien que está vivo y presente en su Iglesia, en sus sacramentos, en la Eucaristía, en los cristianos, y pide a sus fieles que le lleven “a todos los ámbitos donde se desarrollan las tareas humanas: a la fábrica, al laboratorio, al trabajo de la tierra, al taller del artesano, a las calles de las grandes ciudades y a los senderos de montaña” (ECP, 105). De ahí la importancia del domingo que –como señala Juan Pablo II– “recuerda, en la sucesión semanal del tiempo, el día de la resurrección de Cristo” (DD, 1).

En este contexto se advierte con claridad por qué el domingo no debe ser considerado como un mero día de descanso, como una disposición eclesial que prescribe ir a la iglesia “una vez a la semana”, sino como un recordatorio de

la presencia viva de Dios, como un día de encuentro con Cristo que impulsa a tratar a Dios en todo momento de la vida ordinaria (cfr. CONV, 103). Y se entiende también que la celebración del año litúrgico no puede reducirse a las acciones sagradas que se realizan en un día determinado y en un lugar sagrado. Pensar así sería considerar al cristianismo como “un conjunto de prácticas o actos de piedad” aisladas de la vida: “quien tiene esa mentalidad, no ha comprendido todavía lo que significa que el Hijo de Dios se haya encarnado, que haya tomado cuerpo, alma y voz de hombre, que haya participado en nuestro destino hasta experimentar el desgarramiento supremo de la muerte” (ECP, 98; ver también CONV, 114). La celebración del misterio de Cristo a lo largo del año litúrgico, lejos de llevar a “refugiarse en el templo, encogiéndose de hombros ante el desarrollo la sociedad, ante los aciertos o aberraciones de los hombres”, “lleva a ver el mundo como creación del Señor”, “a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y en los problemas de la historia humana” (ECP, 99).

Esta proyección de los misterios celebrados a la historia personal y social de los hombres es uno de los aspectos significativos de la predicación de san Josemaría referida al año litúrgico:

- En el tiempo de Navidad, por ejemplo, al contemplar la verdad del nacimiento del Verbo Encarnado y de su vida en Belén y Nazareth pasa enseguida a subrayar la posibilidad de santificar la vida ordinaria (cfr. ECP, 14) o la realidad de la fraternidad universal: Jesucristo ha venido a traer la salvación “a todos los hombres que quieren unir su voluntad a la Voluntad buena de Dios (...). No hay más que una raza en la tierra: la raza de los hijos de Dios. Todos hemos de hablar la misma lengua, la que nos enseña nuestro Padre que está en los cielos” (ECP, 13).

- La celebración de la Pasión del Señor el Viernes Santo, le conduce a “situarnos con absoluta sinceridad ante nuestro quehacer ordinario, a tomar en serio la fe que profesamos”; una fe que lleva a no pensar “en las pequeñas metas del prestigio o de la ambición”, sino a “discurrir hacia el término último y radical del amor que Jesucristo ha manifestado al morir por nosotros”.
- “La procesión del *Corpus Christi* –comenta– hace presente a Cristo por los pueblos y las ciudades del mundo. Pero esa presencia (...) no debe ser cosa de un día, ruido que se escucha y se olvida. Ese pasar de Jesús nos trae a la memoria que debemos descubrirlo también en nuestro quehacer ordinario. Junto a esa procesión solemne de este jueves, debe estar la procesión callada y sencilla, de la vida corriente de cada cristiano, hombre entre los hombres, pero con la dicha de haber recibido la fe y la misión divina de conducirse de tal modo que renueve el mensaje del Señor en la tierra. (...) hemos de disponernos para que se sirva de nosotros y se haga continuo su tránsito entre las criaturas” (ECP, 156).
- La solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, con la que se cierra el ciclo del año litúrgico, le lleva a recordar que Jesucristo es Rey “desde la altura de la Cruz”, en la que “redimió al mundo, restableciendo la paz entre Dios y los hombres”, y a poner en labios de Cristo el siguiente programa para nosotros: “si vosotros me colocáis en la cumbre de todas las actividades de la tierra, cumpliendo el deber de cada momento, siendo mi testimonio en lo que parece grande y en lo que parece pequeño, *omnia traham ad meipsum*, todo lo atraeré hacia mí. ¡Mi reino entre vosotros será una realidad” (ECP, 183). Abundando en la misma idea, concluye: “A esto hemos sido llamados los cristianos, esa es nuestra tarea apos-

tólica y el afán que nos debe comer el alma: lograr que sea realidad el reino de Cristo, que no haya más odios ni más crueldades, que extendamos en la tierra el bálsamo fuerte y pacificador del amor” (*ibidem*).

El domingo y las diversas festividades y tiempos del año litúrgico no son realidades meramente rituales, sino acontecimientos de gracia que aspiran a prolongarse en la vida entera del cristiano. Y esto reclama que se celebren con fe, con conciencia de la grandeza de lo que en ellos se evoca y actualiza, y con una alegría interior, que, por su misma naturaleza, tiende a tener también manifestaciones exteriores. Las fiestas litúrgicas son para el cristiano días que invitan a una participación en la Eucaristía que sea especialmente viva y que impulse a santificar la totalidad de ese día de fiesta, y después el resto de la vida. Juan Pablo II lo enseña con palabras muy claras y concretas en un texto escrito, pensado directamente para el domingo, pero aplicable a cualquier otra festividad: “Si la participación en la Eucaristía es el centro del domingo, sin embargo sería reductivo limitar sólo a ella el deber de «santificarlo». En efecto, el día del Señor es bien vivido si todo él está marcado por el recuerdo agradecido y eficaz de las obras salvíficas de Dios” (DD, 52); de modo que ese recuerdo lleve “a dar también a los momentos de la jornada vividos fuera del contexto litúrgico –vida en familia, relaciones sociales, momentos de diversión– un estilo que ayude a manifestar la paz y la alegría del Resucitado en el ámbito de la vida ordinaria” (*ibidem*).

3. El entorno litúrgico

El espacio, los lugares, las vestiduras y vasos sagrados no son elementos esenciales a la liturgia. De hecho, las primeras comunidades cristianas vivieron la liturgia con gran hondura en situación de extrema precariedad, como ha sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia en momentos de

persecución física y violenta. Sin embargo, a medida que fue posible, la Iglesia creó espacios para el culto y los dotó de imágenes, retablos, vestiduras y demás objetos –tantas veces magníficos– para alabar y glorificar a Dios en la liturgia.

Tres rasgos pueden destacarse en la enseñanza de san Josemaría sobre este punto: la nobleza, la belleza y el cuidado esmerado. En *Camino* dejó escrito, a propósito de las imágenes destinadas al culto litúrgico: “No me pongáis al culto imágenes «de serie»; prefiero un Santo Cristo de hierro toscos a esos Crucifijos de pasta repintada que parecen hechos de azúcar” (C, 542).

La sobriedad y belleza en la materialidad de los objetos destinados al culto, deben estar acompañados de la calidad. El fundador del Opus Dei optó siempre por este criterio: “Aquella mujer que en casa de Simón el leproso, en Betania, unge con rico perfume la cabeza del Maestro, nos recuerda el deber de ser espléndidos en el culto de Dios. –Todo el lujo, la majestad y la belleza me parecen poco. –Y contra los que atacan la riqueza de vasos sagrados, ornamentos y retablos, se oye la alabanza de Jesús: «opus enim bonum operata est in me» –una buena obra ha hecho conmigo” (C, 527). El santo Cura de Ars, que era capaz de las mayores privaciones en la comida y en las cosas materiales que usaba, cuando se trataba del culto siempre seguía este criterio: para Dios lo mejor. Y lo mismo pensaba san Josemaría: “Durante toda su vida procuró dedicar al servicio del Señor lo mejor que tenía” (DEL PORTILLO, 1993, p. 143). Siguiendo esta idea, expresaba en *Forja*: “Los objetos empleados en el culto deberán ser artísticos, teniendo en cuenta que no es el culto para el arte, sino el arte para el culto” (F, 836). La atención a la dignidad y la belleza de los objetos destinados al culto se prolonga lógicamente en el cuidado sea de esos objetos, sea de cuanto se refiere a la celebración litúrgica.

Señalemos algunos detalles tal y como los destacaba, en una entrevista, Mons. Álvaro del Portillo: “[san Josemaría] hacía que todas las semanas se renovasen las formas consagradas reservadas en el sagrario, y estableció esta norma para todos los Centros de la Obra” (DEL PORTILLO, 1993, p. 142); exhortaba a que todos trataran “con cariño los sagrarios” (*ibidem*, p. 143); y “desde el principio estableció que los amitos, purificadores y manutergios se lavasen y planchasen cada vez que se usaban” (*ibidem*). Manifestaciones concretas de un espíritu que san Josemaría describía con estas palabras: “A las personas que ponen amor en todo lo que se refiere al culto, que hacen que las iglesias estén digna y decorosamente conservadas y limpias, los altares resplandecientes, los ornamentos sagrados pulcros y cuidados, Dios las mirará con especial cariño, y les pasará más fácilmente por alto sus flaquezas, porque demuestran en esos detalles que creen y aman” (*Instrucción*, 9-I-1935, n. 253, nt. 167: AGP, serie A.3, 90-1-1).

Voces relacionadas: Descanso. Santificación de las fiestas; Liturgia: Visión general; Liturgia de las horas; Sacramentos: Exposición de conjunto.

Bibliografía: C, 528-543; ECP, 83-94, 150-161; CECH, *passim*; JUAN PABLO II, Cart. Ap. *Dies Domini*, 1998; Salvador BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1980; Javier ECHEVARRÍA, *Eucaristía y vida cristiana*, Madrid, Rialp, 2005; Id., *Vivir la Santa Misa*, Madrid, Rialp, 2010; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993.

José-Antonio ABAD IBÁÑEZ

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.